

la doblez y de la astucia del viejo magistrado de Tolosa. El padre de Cesonia, encerrado en su prudente reserva, se concretó á dirigirle un saludo con la mano, y se alejó impasible sin exigir á Léntulo ninguna explicacion de sus palabras y sin manifestar tampoco los menores propósitos de dársela por su parte al jóven romano, el cual, despues de permanecer largo rato siguiéndolo con la vista, regresó de nuevo al campamento, entregado á profundas meditaciones con motivo de la singular y extraña despedida de Manobal.

V.

Aquel mismo dia, á la caída de la tarde, Carrin y Cesonia, impulsados por contrarios sentimientos, habian acudido al umbral de la morada de Manobal y se habian sentado sobre las mismas gradas donde pasaba la primera escena del comienzo de esta historia. La jóven galesa, inquieta é impaciente, dirigia con avidez sus miradas al horizonte, esperando descubrir la aproximacion de alguna persona: el anciano escuchaba atentamente los ruidos más imperceptibles para poder distinguir los pasos de álguien á quien esperaba con ansiedad. Ni una sola palabra se habia cruzado

entre ambos personajes, y el horizonte permanecia desierto, sin que nada turbase la tranquilidad y el silencio de la tarde; pero la ansiedad que dominaba el corazon de Cesonia se desbordó por sus labios, á pesar de los esfuerzos de su disimulo, y olvidando que habia quien pudiera oirla, exclamó maquinalmente y á media voz:

— ¡Cuánto tarda Léntulo!

— Demos por ello gracias á los dioses, y elevemos al cielo nuestros ruegos para pedir que no regrese, exclamó Carrin.

La jóven comprendió su imprudencia y guardó silencio; pero Carrin añadió:

— ¿Y serás tan necia que tengas todavía fé en el amor de ese romano? Persuádate de que todo es cálculo, estudio, fingimiento y traicion en esos hombres de raza tan distinta y enemiga de la nuestra. Sin duda debe haber obtenido ya de tu padre lo que pretendiera, y tal vez á estas horas se mofa de él y de tí en los brazos de alguna cortesana griega que forme parte de su séquito.

— Eso es imposible— replicó Cesonia— Léntulo me ha jurado por sus dioses que yo seré su esposa, y un romano jamas ha faltado á la fé de sus promesas.

— ¿Quién te ha informado tan favorablemente de sus virtudes? ¿Ha sido, por ventura, esa esclava? ¿Dónde está Dionea?

¡Ah! De seguro habrá escapado á unirse con su cómplice.

—Dionea marchó á servir de guía á Sigor—dijo Cesonia con mal reprimida acritud—y Sigor tampoco ha regresado áun.

—¡Oh, Sigor! Mucho me inquieta y sorprende su tardanza; pero no dudes que regresará bien pronto. En los lugares que ha ido á visitar existió en otros tiempos el bosque sagrado de nuestros sacerdotes; y allí, ante los venerables monumentos y ante los abandonados altares de nuestros antepasados, habrá recibido sin duda la inspiracion necesaria para realizar los designios de su elevada mision. No tardaremos en volverlo á ver entre nosotros.

—Y con él vendrá tambien nuestra desgracia, no lo dudeis—respondió Cesonia—porque me temo que su presencia haya sido solamente la causa del alejamiento de Léntulo.

—¡Maldicion sobre Léntulo! te digo yo; porque tal vez sea ese infame romano quien traidoramente impide la pronta vuelta de Sigor.

Todavía continuaron altercando así largo rato la jóven y el anciano, hasta que un lejano ruido y una inmensa nube de polvo llamaron respectivamente la atencion de Carrin y atraieron las miradas de Cesonia.

—Ese ruido en nada se parece al de los

pasos de un hombre: ese no es Sigor—dijo Carrin.

Cesonia se habia puesto de pié sobre el más alto escalon de las gradas, y miraba con avidez.

—Es un carro—dijo—que levanta una espesa polvareda: ¡no es Léntulo!

—¡Es mi hijo!—exclamó Carrin.

—¡Es mi padre!—exclamó Cesonia.

Y despechados y contrariados penetraron ambos en la casa sin detenerse para recibir á Manobal, puesto que la llegada de éste no era la que satisfacía las reciprocas esperanzas de aquéllos.

Poco tardó Manobal en llegar á la puerta de su morada. Las nubes de vapor que exhalaba el sudor de sus caballos, y el cansancio y abatimiento de estas bestias, atestiguaban que se habia exigido de ellas un servicio rápido y penoso.

Manobal saltó ligeramente del carro apenas hubo éste parado, y al penetrar en su casa dió orden á sus esclavos para que fuesen inmediatamente en busca de su padre y de su hija, noticiándoles su regreso y advirtiéndoles que tenía necesidad de hablarles en el acto. Avisados el anciano y la jóven, se reunieron con Manobal en el departamento más retirado de la casa, donde el padre de Cesonia procuró explicarles sus proyectos.

—Gracias al cielo—les dijo—que puedo hablaros con entera libertad y confianza sin que me lo estorbe la presencia importuna de ningun huésped. Escuchadme, pues, con atencion, y llevemos entre todos la enojosa carga de los secretos que hasta hoy ha pesado sólo sobre mí. Tú, Cesonia, no serás ya la esposa de ese insolente romano, cuyo amor estaba inspirado únicamente por tus riquezas.

—¡Qué decís, padre mio!—exclamó Cesonia—¿qué pruebas teneis de lo que habláis?

—La mayor y más elocuente que puedo darte de lo que te digo es la misma ausencia de Léntulo, quien seguramente se encontraría aquí si hubiera podido suponer las ventajas y los inmensos tesoros que me proporciona el tratado que acabo de celebrar. Se ha mofado de los productos de la pesca del lago de Apolo, cuyo exclusivo privilegio de explotacion he obtenido, porque ignora que allí están ocultas y sumergidas todas las riquezas que nuestros antepasados aportaron á su patria al regresar de Delfos. Si, como yo, conociera este secreto de nuestros sacerdotes, entonces hubiera encontrado deliciosamente perfumados nuestros baños y cómodamente confortables nuestros lechos. Te repito que si tal supiera, se encontraría aquí en estos

momentos y se consideraría por todo extremo dichoso y afortunado si lograba obtener tu mano, y con ella una alianza que acaba de despreciar por que te supone pobre.

—Veo que, al fin, hablas discretamente, hijo mio,—dijo Carrin;—Cesonia debe ser esposa de un hombre que sea digno de ella, y muy pronto, á no dudar, llamarás hijo tuyo á Sigor.

—No por cierto,—se apresuró á contestar Manobal;—Cesonia no será la esclava de ese bárbaro ni de aquel romano, porque si lo que yo deseo es que mi hija querida no tenga que soportar los insolentes desdenes de un patricio de Roma, mucho ménos he de condenarla á sufrir las humillaciones y el trato salvaje de un feroz guerrero de la Germania.

—¿Entonces, qué es lo que pretendes?—replicó Carrin.—¿Por qué has halagado y consentido á Léntulo? ¿Por qué has observado esa conducta de atraccion con ese á quien calificas de bárbaro?

—Porque la amistad de ambos era útil y conveniente á mis planes: tenía que aprovecharme de la mediacion é influencia de Léntulo para obtener una ventajosa alianza con los romanos, cuyos ejércitos han de auxiliarnos en la terrible lucha que se apresta para arrojar á los cimbrios fuera de nuestro territorio.

✓ luégo bajando la voz con gran misterio, añadió:

—Tenía y tengo asimismo necesidad de Siger para formar y organizar la poderosa liga que más tarde ha de librarnos de la alianza romana, porque la alianza con Roma no es otra cosa sino la humillacion y la esclavitud del pueblo que la suscribe. Siger llevará á nuestros hermanos de todos los países la promesa de que les ayudaremos en la empresa de abatir y aniquilar el poder de los romanos; y cuando éstos se vean estrechados y amenazados á la vez por las fuerzas combinadas de la Galogrecia, de la Iliria, de la Panonia, de las tribus errantes de la Tracia, de nuestros hermanos de las riberas del Danubio y de los galos de las orillas del Rhin, nosotros contemplaremos la destruccion de unos y otros y habrá llegado la hora solemne de que podamos arrojar fácilmente de nuestro suelo las odiadas legiones romanas que, aisladas y sin esperanzas de ser socorridas, tendrán que ceder al empuje de nuestras fuerzas. En muy poco tiempo podremos tener entónces una Galia independiente y libre como existió ántes y como ha querido reconstituirla nuestro rey Bituit.

Carrin y Cesonia escuchaban con asombro á Manobal sin poderse explicar la ventaja de sus proyectos.

Carrin era uno de esos viejos soldados que fuera de los campos de batalla no encontraba otro medio posible de combatir á una nacion enemiga, creyendo que los ejércitos debian pelear hasta que la victoria se decidiera en favor de unos ó de otros. Toda otra empresa que con auxilio de sucesos combinados favoreciese los esfuerzos de un pueblo, estaba más allá de los límites de su inteligencia.

No era ciertamente la penetracion de Cesonia más aventajada que la del anciano. Una Galia independiente y libre le parecia la cosa más inútil del mundo, puesto que los romanos le daban una Galia con espectáculos, con baños públicos, con circos, con teatros, con gladiadores y con cómicos. Ella no deseaba otra cosa más.

Así es que Manobal no pudo nunca vencer las obstinadas negativas de Carrin al pretender de él que cooperase con la autoridad de su palabra para prestar mayor fuerza y garantía á las promesas que habian de hacersele á Siger, asegurándole la participacion y auxilio de los tectósagos en el comun esfuerzo de todas las razas de los galos.

—Yo no puedo,—decia,—asegurar á Siger que tú eres enemigo de los romanos, porque sé que andas con ellos en tratos y alianzas; y tampoco puedo jurarle la pro-

mesa de que ayudaremos á los galos con nuestros ejércitos, porque veo que estás decidido á dejarlos combatir solos.

Por otra parte, cuando Manobal anunció á su hija que ya no debía pensar más en Léntulo y que la tenía ofrecida por esposa á Popillus, jefe de los Auvernios (1), que á la sazón recorría toda la Galia organizando un levantamiento general; cuando añadió que precisamente para cumplir lo que había prometido á Popillus y para proteger su empresa con grandes subsidios se había hecho adjudicar el arriendo y privilegio de la pesca en el lago de Apolo, donde encontraría las enormes riquezas de aquel templo que no podían tener mejor empleo que el de libertar á la patria, Cesonia sólo aprovechó una cosa en todo el discurso de su padre, esto es, que ella no sería esposa del romano, de aquel Léntulo que le ofrecía una lujosa litera, trajes y galas, joyas y brazaletes de oro, y que le había prometido acompañarla al teatro para ocupar el rango y las consideraciones de las matronas y patricias de Roma. Cesonia, pues, no se detuvo á discutir los

(1) La Auvernia era una antigua provincia de Francia, cuya capital fué Clermont. Los actuales departamentos de Puy-de-Dome, Cantal y Alto Loira formaban aquel territorio. (N. del T.)

proyectos de su padre ni se ocupó de ellos, concretándose únicamente á decirle:

—Pero tú tienes dada tu palabra á Léntulo.

—¡Ah! Yo te garantizo que él no vendrá á exigirme el cumplimiento de esa palabra, —respondió Manobal.

—Pero tú has jurado por Mercurio que la cumplirás, y ese es un compromiso sagrado y solemne.

—Compromiso que no tendré necesidad de cumplir, ni podré hacerlo, si no se presenta nadie á reclamar su ejecución.

—¿Y si viniese Léntulo?

—No vendrá.

—¡Vendrá! —se dijo á sí misma Cesonia. Y al retirarse lentamente con la cabeza inclinada, mientras Manobal la seguía tristemente con cariñosa mirada compadeciéndola por el desengaño que acababan de sufrir sus ilusiones, ella se alejaba meditando una traición contra su padre.

En efecto, apenas se vió sola en su cámara, trazó en un pergamino estas líneas: «Bien sabes, Léntulo, que los inmensos tesoros de Delfos se guardan y conservan ocultos bajo las aguas del lago de Apolo: mi padre va á ser, pues, el hombre más rico del mundo. El te espera: no tardes en venir.»

En esas lacónicas palabras estaba retratada el alma de Cesonia. Acababa de saber que si Léntulo había pretendido su mano sólo fuera impulsado por la codicia de poseer las grandes riquezas de su dote; y lejos de sublevarse la dignidad y el amor propio de la mujer contra aquel hombre ruin y miserable, hacía un llamamiento á las ambiciones de aquel hombre *para excitar su amor*.

Y es que en el corazón humano reside un sentimiento de instintiva justicia que impide exigir de los otros más de lo que ellos mismos pueden sentir. ¿Cuáles eran las ilusiones de Cesonia en su himeneo con Léntulo? El lujo, las joyas y los placeres que desconocía. Ella le amaba por todo, ménos por él mismo. ¿Debia ni podia ofenderse la jóven de que él no la amase sólo por ella?

Y, sin embargo, la vanidad de la mujer habia procurado, al escribir aquellas líneas, defenderse en apariencia con la felicitacion de un suceso que ella le noticiaba, por más que en la forma de hacerlo simulase creer que ya él estaba iniciado en el secreto. Además le decia que no era ella, sino su padre, quien le llamaba.

El pergamino de Cesonia fué confiado por ella misma en las manos de una esclava

que recibió la recomendacion y el especial encargo de hacerlo llegar á las de Léntulo ántes de la media noche.

Entre tanto Manobal se congratulaba y se daba el parabien del magnífico plan que habia formado, olvidando en las expansiones de su gozo que ya existia en cada comarca y en cada hogar del país de los tectósagos un interes contrario que habia de oponer múltiples y diferentes resistencias á sus designios. En todo caso ese interes no podia ser favorable á los amores de una jóven galesa con uno de los opresores de la patria, y seria inspirado de seguro por otros sentimientos más dignos y elevados.

Pero ya la influencia romana se habia infiltrado por todas partes: en los negocios públicos y en la vida doméstica, en la colectividad y en el individuo; y cuando llegase el momento en que toda la nacion, engañándose á sí misma, creyera que el grito de muerte contra los romanos era un grito de guerra lanzado á la vez por todos los gobiernos de los galos, cada uno de estos gobiernos hubiera tenido sus razones especiales para no responder al llamamiento. Demas de esto, que los galos no conservaban ya la integridad de sus costumbres, ni de sus leyes, ni de su religion, que eran los símbolos que podían constituir su bandera y ser el objeto de su fana-

tismo. Por otra parte, su comercio tenía necesidad de Roma; sus costumbres, modificadas y alteradas por la influencia de ese mismo comercio, habían creado nuevas exigencias para la vida material; y, por último, ellos mismos habían levantado voluntariamente altares y templos á los dioses extranjeros que les habían sido importados; y hay que tener presente que le acontece á los pueblos una cosa parecida á la que le sucede á los individuos que se acostumbran á malos hábitos: el día que pretenden desprenderse de tales hábitos se aperciben aterrorizados que no pueden vivir sin ellos.

Manobal no se detuvo en ninguna de estas reflexiones, y cuando algunos años más tarde estalló la gran sedición que él había organizado con Popillus, y que el feroz Sila sofocó en una gloriosa y decisiva campaña (1), quedó asombrado sin po-

(1) Aquí atribuye Mr. Soulié la derrota de los galos á la fortuna de Sila, habiendo sido Mario el que los destruyó y subyugó en la batalla memorable que se libró en las inmediaciones de Aix. Uno de los sangrientos episodios de esta jornada fué la participacion que tomaron en la lucha las mujeres de los Ambrenos ó Ambrones, acudiendo aquéllas, aunque inútilmente, en auxilio de sus esposos con un valor y una resolución superiores á su sexo; porque aquel movimiento de heroísmo no tuvo feliz éxito, y sus consecuencias fueron aún más funestas. Reducidas á capitular, propusieron dedicarse á ser vestales con el objeto de salvar su honra; pero el cruel Ma-

derse dar explicacion de la facilidad con que los Tectósagos aceptaron un yugo que él mismo les había ido enseñando á soportar.

Manobal vió llegar el siguiente día adquiriendo cada vez más confianza en el éxito de sus planes. Dos circunstancias muy favorables contribuían á ello: Sigor estaba ya de regreso, y Léntulo no había vuelto á presentarse.

Procurando acelerar la partida del guerrero, ántes que éste pudiera tener conocimiento del tratado que había celebrado con Cepión, Manobal le señaló y le explicó desde luego los caminos y desfiladeros que debían utilizar los ejércitos de los galos, concurrendo combinadamente para que el territorio de Italia fuese asaltado é invadido á la vez por todos sus extremos. Preocupado con el estudio de su disimulo, no pudo observar el indiferentismo con que le escuchaba Sigor, quien por su parte se hallaba también sumido en profun-

rio rechazó sus pretensiones, y entónces, con una ferocidad sublime, cuya culpa y censura recaen sobre el vencedor, aquellas heroínas de la castidad conyugal se estrangularon en la noche siguiente con cuerdas que amarraron á las colas de sus foxosos caballos, defraudando así las esperanzas de los soldados licenciosos de Mario.

Sila era á la sazón lugarteniente del cónsul Lutacio Catulo, colega de Mario, que se hallaba en la Gallia Cisalpina oponiéndose á la invasion de los cimbrios.

(N. del T.)

das meditaciones, prestando una aprobacion constante y distraida á todas las advertencias de Manobal.

La última conferencia de ambos terminó solicitando el guerrero la emancipacion y el donativo de Dionea, como presente y obsequio de hospitalidad que los galos acostumbraban hacer á los extranjeros. Manobal accedió sin oponer dificultad alguna, y aquel mismo dia se despidieron abandonando Sigor la morada del padre de Cesonia en compañía de la esclava griega.

* * *

Quince dias despues las legiones de Cepion, protegidas por la oscuridad de la noche, penetraron silenciosamente en Tolosa; haciéndose el Cónsul dueño de la ciudad y apoderándose de las riquezas del templo de Apolo, segun anticipadamente se lo habia anunciado Manobal (1).

(1) Dice el historiador Anquetil que aunque los habitantes habian entregado la ciudad voluntariamente á los romanos, no por esto dejaron éstos de saquearla, siendo inmenso el botin que hicieron por la expoliacion de los templos. La rapacidad de Cepion, añade, llegó al extremo de haber usurpado la parte de los cómplices de su avaricia, atacando á una porcion de expoliadores encargados de trasportar la mezquina parte que destinaba á la republica. Esta indigna conducta del Cónsul hizo que se subleváran contra él los mismos galos, comprometiéndole asi los intereses de Roma y siendo más tarde vencido con desastrosas pérdidas para la Republica, por lo cual decretó el Senado su destitucion y la confiscacion de sus bienes; resolucion tremenda nunca practicada hasta en-

Despues de esto los galos esperaban el acto en que, bajo la autoridad del general romano, habia de adjudicarse en pública subasta el arriendo de la pesca de los lagos.

Manobal se trasladó á Tolosa con su hija Cesonia, quien, á pesar de lo que habia escrito á Léntulo, no vió que éste acudiese á su llamada. Al atravesar el galo con su hija por entre la multitud, distinguieron y reconocieron á Dionea muellemente recostada en el fondo de una lujosa litera tirada por dos hermosos caballos, y vieron á la antigua esclava que desde la altura de su magnifico tren lanzó una mirada de desprecio al humilde y miserable carro en que iban Manobal y Cesonia. Un poco más adelante, y próximos ya al templo de Apolo, se cruzaron con un peloton de aquellos soldados galos que sólo conservaban de sus antepasados el deseo y la aficion á la guerra, pero que se vendian y se alistaban bajo las banderas del caudillo que los conducia á los campos de batalla, sin tener para nada en cuenta la justicia ó sinrazor de la causa que defendian. Sigor iba, como jefe, á la cabeza de aquel peloton; Sigor, que áun llevaba el traje y las armas de su país, pero en cuya garganta no se veia ya

lónes, pero pequeña expiacion, sin embargo, para el hombre cuya avaricia y cuyos desaciertos habian puesto en peligro los destinos de la patria. (N. del T.)

aquella argolla de hierro que no debiera haber desaparecido de su cuello sino despues del cumplimiento de sus votos y de sus juramentos.

Ya el encuentro y la vista de Dionaea habian preocupado á Manobal con tristes presentimientos, y habia observado ademas la palidez que cubrió el rostro de Cesonia al contemplar cómo aquella esclava habia logrado satisfacer los deseos y las aspiraciones que fueran estériles esperanzas suyas; pero cuando vió á Sigor se desvanecieron por completo las que alimentaba el mismo Manobal, y huyó de su pecho la confianza que habia abrigado de que el guerrero no faltaria á sus promesas ni á sus juramentos. Manobal no pudo disimular su despecho ni contener su indignacion, expresándolo así al mismo Sigor, á cuyo efecto detuvo su carro y le increpó coléricamente con voz descompuesta y alterada, diciéndole:

—Sin duda alguna que al quitar de tu garganta la argolla de hierro, la habrás depositado sobre el altar de Teutates por haber cumplido religiosamente tus solemnes juramentos y la sagrada mision que te estaba confiada.

—Sí,—respondió Sigor con intencionaldo acento;— he hecho todo lo que se podia hacer con un aliado como

Estas frases de Sigor daban muy claramente á entender que el guerrero conocia las artes y manejos secretos de Manobal, y éste recordó entónces que cuando aquél abandonó su morada le habia seguido tambien el viejo Carrin, por lo cual no le quedó la menor duda al padre de Cesonia de que la ignorante probidad y fanatismo del anciano le habrian impulsado para revelar á Sigor los proyectos y secretos que tan imprudentemente le habian sido confiados.

Manobal, aunque algo contrariado y pensativo, continuó en silencio su marcha con direccion al templo de Apolo.

—No importa,—se decia á sí mismo;— yo sólo podré al cabo ejecutar lo que deseaba hacer con el auxilio de ellos. La Gallia se basta á sí propia para conquistar su libertad y su independencia; y con el valor de Popillus y con los subsidios que yo le proporcione, organizaremos dentro de poco tiempo un ejército formidable que arrojará fuera de nuestro suelo la tiranía de Roma.

Preocupado con estas ideas llegó por fin Manobal á la plaza que se extendia delante del templo, donde habia de celebrarse el acto de la adjudicacion.

Ya Cepion ocupaba la altura de su tribunal, y las fasces del Cónsul impedian la aproximacion de la plebe. Léntulo se encon-

traba al lado de aquél, y tan luego como divisó al galo y á su hija dirigióles una insolente y cínica mirada, llamando la atención de Cepion sobre Cesonia y cambiando con el general romano algunas frases de mofa y escarnio.

Llegado el momento oportuno se levantó Cepion de su sitial, y dirigiendo la palabra á los ciudadanos de Tolosa, allí reunidos, les dijo que no pudiendo ni debiendo pagar la República el sueldo de las tropas que enviaba á las Galias para la comun defensa, y no queriendo tampoco que estos socorros originasen nuevos impuestos ni penosos tributos para el pueblo galo, habia considerado que debian aceptarse los medios propuestos por uno de los más respetables habitantes del pais para salvar esos dos extremos, añadiendo que esos medios consistian en asignar al pago de las legiones romanas los productos que podian obtenerse con el precio en que se arrendáran los terrenos incultos y la pesca de los rios, lagos y riberas.

Manobal, que estaba en la confianza de que por parte de Cepion seria fiel y religiosamente cumplido el convenio celebrado entre ambos, tomó la palabra y dirigiéndose tambien al pueblo, dijo:

—Yo, vuestro compatriota; yo, vuestro magistrado; yo, que velo con afan por el

bienestar del pueblo y por la defensa de sus intereses, yo he sido quien así lo ha aconsejado, y quiero que sobre mí caiga toda la responsabilidad de semejante proposición, dejando á vosotros las ventajas de sus resultados. Creo haber probado durante todo el curso de mi vida el sincero amor que profeso á los intereses de mi patria para no temer las censuras de nadie.

La multitud aplaudió frenéticamente á Manobal, y Cepion dijo de nuevo:

—Así es, en efecto. Y no solamente ha prestado Manobal el importante servicio de tales consejos, sino que deseando garantizar la ejecucion y las ventajas de lo que ha propuesto, ofrece como precio del arriendo de todas las tierras y de todas las aguas de la jurisdiccion de la ciudad de Tolosa la suma de dos talentos de plata (1), de sesenta libras de doce onzas cada una (2).

El pueblo volvió á aplaudir con entusiasmo en señal de aprobacion porque dicha suma, en aquella época, era más que suficiente para satisfacer los haberes de las legiones romanas. Cepion, sin embargo, añadió con fuerte entonacion:

(1) El talento era un valor imaginario y convenido, más bien el conjunto de una cantidad de monedas. Había os entre los romanos, de oro y de plata.

(2) Esos dos talentos de plata equivalian á 28,800 reales de nuestra actual moneda. (N. del T.)

— Ahora bien : cómo Léntulo ha ofrecido el doble de la cantidad propuesta por Manobal, hemos considerado justo concederle la preferencia, quedando declarados á su favor los privilegios solicitados por Manobal.

Cesonia, comprendiendo al fin su necesidad, y agobiada por el peso de la enorme falta que habia cometido, inclinó la frente bajo la feroz mirada que le dirigió su padre, el cual adivinó en el acto la traicion de su hija y el origen de las exageradas ofertas de Léntulo.

Manobal y Cesonia se retiraron con el alma embotada por la desesperacion, y continuaron viviendo sin traspasar los límites de una modesta medianía, hasta el día en que, asociado aquél á Popillus, fué vencido con éste, pereciendo en el combate.

Cesonia, hecha prisionera en el campo de batalla, adonde habia seguido á su padre, segun las costumbres de los galos, fué vendida como esclava; y habiendo sido llevada á Roma, consumió al servicio de una dama patricia la existencia que ella habia soñado gozar de muy diferente manera excitando la envidia de las más nobles romanas.

FIN DE LA SEGUNDA ÉPOCA.

BIBLIOTECA UNIVERSAL